

## ROMANCE DE LA SESIÓN DE EVALUACIÓN

La sesión de evaluación  
dispuesta a empezar estaba  
el tutor que era de Lengua,  
dijo que todos callaran  
y pidió a la Orientadora  
que, por favor, se sentara.

La Orientadora, psicóloga,  
tiene en propiedad su plaza  
desde que la LOGSE impera  
en los Centros de Enseñanza.  
Sabe al dedillo la Ley,  
habla la jerga bárbara  
de los psicopedagogos  
y de la fauna logsiana.

Comienza la evaluación,  
las notas así se cantan:  
Iván Peláez Borrego.  
Con este mozo, ¿qué pasa?  
A éste le quedan seis.  
Titulación denegada.

Pero habló la Orientadora,  
y de esta manera hablaba:  
“No nos permite la LOGSE  
hacer tan gran canallada  
si algún alumno o alumna  
no superase algún área  
siendo con insuficiente  
evaluado o evaluada  
debe discutirse aquí  
si es persona preparada  
si domina las destrezas  
los objetivos de etapa  
si se ajustan los diseños  
si se dan las circunstancias  
si se hizo adaptación  
al chaval o a la chavala  
si de los procedimientos  
se llevó relación clara  
y si de las actitudes  
quedó notoria constancia.  
¿Detectáronse a tiempo  
todas esas problemáticas?  
¿Se hicieron formularios,  
programaciones de aula?  
¿Motivósele al efecto con  
estrategia adecuada?  
¿Hizose por el tutor  
en la clase un sociograma?”

Muchos de los profesores  
se miran, piensan y callan.  
Hizose largo silencio,  
ni una mosca se escuchaba.

Y luego el de Historia habló.  
Bien oiréis lo que hablaba:

“¡Pero si este mozallete  
las más de las veces falta.  
Y cuando viene, molesta,  
grita, juega, se levanta;  
no atiende al profesor,  
ni estudia ni trabaja;  
no se está quieto un momento,  
de los profesores pasa,  
es deslenguado soez,  
torpe, necio y tarambana.  
¿Cómo darle el mismo título  
que al que se aplica y se afana  
y saca muy buenas notas  
y cumple normas y pautas?  
Sería inicua injusticia,  
sería indecente práctica,  
sería de los calzones  
hacerse la gran bajada.”

Los profesores se miran  
y, con voz amortiguada,  
se comentan a la oreja  
las cosas que allí se tratan.  
Los más parecen de acuerdo,  
otros niegan y rechazan.

“¡Como podéis decir eso!”  
Y la Orientadora exclama:  
“¡No queréis tener en cuenta  
la normativa aprobada!  
¿Te has leído el plan de Centro?  
¿Has repasado las páginas  
de los valiosos Diseños  
Curriculares de Etapa?  
¿Prácticas la evaluación  
continua y bien adaptada?  
¿No aplicas en tu clase  
la enseñanza igualitaria?  
Si el muchacho no te atiende,  
será porque usas la práctica  
de la lección magistral,  
que es retrógrada y nefasta.  
Debes dar motivación  
y educación y enseñanza,  
descender de la tarima,  
que es plataforma tiránica;  
debes ser más solidario  
con chavales y chavalas,  
darles menos contenidos  
que no hacen mucha falta  
y mirar sus intereses,  
captar bien su idiosincrasia  
y educar en valores  
de sociedad democrática;  
ser más tolerante y lúdico,  
ser con ellos camaradas  
y mostrarte comprensivo  
en cada unidad didáctica.”

“Pero, aprobando a éste,  
¿quién el título no alcanza?  
Veremos el próximo curso  
cómo vienen a las aulas  
y cursar Bachillerato  
así, por toda la jeta  
un montón de analfabetos,  
inútiles, vagos y caras.  
Mozalbetes ignorantes  
e iletradas muchachas  
que no hacen ni la O  
con un canuto de caña.”

Subieron las discusiones  
arreciaron las palabras  
se esgrimieron circulares  
leyes, fueros y ordenanzas.  
Hablose allí de principios,  
de posturas reaccionarias  
de los derechos humanos  
y falta de democracia.  
De lo divino y lo humano  
todo el mundo allí hablaba.

Llevaban así tres horas  
y el personal se cansaba,  
hasta que un profesor dijo:  
“A ver cuántas le quedaban  
al mozo que, por el título,  
la disputa originara.”

“Quedábanle seis”, responden.  
“Pues yo, que doy Matemáticas,  
que las tiene muy suspensas,  
ahora están aprobadas  
y solo cinco le quedan...”  
Y la de Francés que estaba  
mohina y entristecida,  
a punto de echar las lágrimas,  
dijo con voz melancólica,  
mortecina y apagada:  
“Ponle aprobado en Francés.”  
“Que apruebe también la Plástica.”  
(Sonó la voz del artista,  
que tenía enormes ganas  
de acabar las discusiones  
e irse a pintar a casa).  
“Pues yo, para no ser menos,  
le apruebo Cultura Clásica.”

Y aprueba que te aprueba,  
el typex se chorreaba,  
sumergiendo los suspensos  
bajo una patina blanca.  
El tutor, los suficientes  
prestamente rotulaba:  
“Iván Peláez Borrego:  
¡Quédanle dos, luego pasa!”